

aquí la primavera! ¡Despierta, despierta á la primavera! Fría... aterida! Esta vez la tengo por muerta; ¿pero, no fué su gemido el que oí?

(Saca á Kundría de la mata en un estado de completa rigidez y catalepsia, la lleva sobre un cercano collado cubierto de césped, le hace fuertes fricciones en las manos y en las sienes, intenta darle vida con su aliento y hace todo lo posible para reanimarla. Por fin ella despierta. Va vestida, como en el primer acto, con el traje de mensajera del Gral; pero su color es más pálido y la ferocidad ha desaparecido de su semblante y de su actitud.—Mira largo rato fijamente á Gurnemancio. Luego se levanta, se arregla el vestido y el cabello y atiende inmediatamente al servicio, como una criada).

GURNEMANCIO.—¡Pareces loca, mujer! ¿No me dices ni una palabra? ¿Así me agradeces haberte despertado otra vez de tu sueño letal?

KUNDRÍA (inclina lentamente la cabeza; luego pronuncia áspera y entrecortadamente estas palabras):—¡Servir... servir!

GURNEMANCIO (sacude la cabeza).—¡Poco trabajo te cuesta ya eso! Ya no hay mensajes que llevar: cada uno encuentra sin ayuda las hierbas y las raíces, porque lo aprendemos de los animales del bosque. (Entre tanto Kundría se vuelve, descubre la ermita y entra en la misma. Gurnemancio la mira con extrañeza).—¡Su modo de andar no es el de antes! ¿Acaso será obra de este sagrado día? ¡Oh, día de gracias sin igual! Sin duda hoy ha despertado á la pobre de su sueño mortal para su salvación. (Kundría vuelve á salir de la ermita; lleva un jarro y se dirige á la fuente. Mientras espera que se llene, mira hacia el bosque y descu-

bre á lo lejos á un hombre que se va acercando; se vuelve hacia Gurnemancio para indicarle que alguien viene.—Este mira hacia el bosque). ¿Quién se acerca á la sagrada fuente? Ninguno de los hermanos lleva esa oscura armadura. (Kundría se aleja lentamente con el jarro lleno hacia la cabaña, en la que se pone á trabajar.—Gurnemancio, sorprendido, se inclina hacia un lado para observar al que se acerca.—Sale del bosque Parsifal. Va cubierto de una armadura completamente negra: con la visera del casco calada y la lanza en ristre, camina cabizbajo y con vacilante lentitud, sentándose por fin sobre el pequeño collado cubierto de césped.—Gurnemancio le contempla largo rato y luego se le acerca algo más). ¡Salud, mi huésped! ¿Te has extraviado y necesitas que te enseñe el camino? (Parsifal sacude ligeramente la cabeza). ¿No me diriges ni siquiera un saludo? (Parsifal inclina la cabeza). ¡Hola! ¿Qué es eso? Si tu voto te obliga á estar callado conmigo, el mío me impone el deber de decirte lo que conviene. Aquí estás en lugar sagrado: en este territorio no penetra nadie armado, con la visera calada, con la rodela y la lanza. ¡Y hoy mucho menos! ¿Acaso ignoras tú el santo día que es hoy? (Parsifal sacude la cabeza). ¡Hum! ¿De dónde vienes? ¿En qué tierra de paganos has vivido que no sabes que hoy es Viernes Santo? (Parsifal inclina más aún la cabeza). ¡Deja inmediatamente las armas! ¡No enojes al Señor que en este día vertió sin defensa alguna su sangre divina en expiación de los pecados del mundo!

(Parsifal se levanta después de largo silencio, arroja la lanza al suelo delante de sí, deposita el escudo y la

espada junto á la misma, levanta la visera, se quita el yelmo y lo coloca sobre las demás armas, arrodillándose luego delante de la lanza y rezando una muda plegaria. Gurnemancio le contempla sorprendido y conmovido. Llama á Kundría, que acaba de salir de la ermita. Parsifal, rezando fervorosamente, eleva con devoción la mirada hacia la punta de la lanza).

GURNEMANCIO (á Kundría en voz baja).—¿Le reconoces?... Es el que antes mató el cisne. (Kundría afirma con una ligera inclinación de cabeza). ¿El loco que, yo, en mi enojo, alejé de nuestro lado? ¡Ah! ¿Por qué caminos habrá llegado aquí? Esa lanza yo la conozco. (Muy conmovido). ¡Oh! ¡Santísimo día el de hoy, en que he tenido la dicha de volver á despertar!

(Kundría ha vuelto la cara).

PARSIFAL (se levanta con lentitud y cesa en su plegaria, mira tranquilamente á su alrededor, reconoce á Gurnemancio y le tiende la mano con afabilidad en señal de saludo).—¡Celebro verte á encontrar!

GURNEMANCIO.—¿Tú también me conoces aún? ¿Me reconoces todavía, aunque los sufrimientos y la miseria me hayan abatido de esta manera? ¿Cómo has venido hoy? ¿De dónde vienes?

PARSIFAL.—He venido por los senderos del error y de los padecimientos; ahora que te vuelvo á encontrar, buen viejo, ahora que oigo otra vez el murmullo de este bosque, dime si he salido ya de ellos y erré aún. Todo me parece transformado.

GURNEMANCIO.—¿A dónde ha de llevarte el camino que buscabas?

PARSIFAL.—A aquel, cuya queja profunda oí una vez con necia sorpresa, á aquel para cuya salva-

ción ya puedo creerme elegido. Pero ¡ay! Una salvaje maldición me hizo errar sin encontrar sendero alguno, para que no diera con el camino de la salvación: innumerables sufrimientos, luchas y peleas, me desviaban de él cuando creía haber hallado el que buscaba. Ya desesperaba de salvar la reliquia divina y para preservarla me he dejado herir por toda clase de armas. Pues en las luchas no podía servirme de ella, la llevé siempre á mi lado sin que nadie la violara y ahora la restituyo; allí la ves radiante y augusta, la santa lanza del Gral.

GURNEMANCIO.—¡Oh gracia! ¡Salud suprema! ¡Oh milagro! ¡Milagro santo y augusto! (Volviendo algo en sí). ¡Oh Señor! Si fué una maldición la que te desvió del recto sendero, está seguro que ya ha cedido. Ahora estás aquí; este es el dominio del Gral y sus caballos te esperan. ¡Ah, necesitan la salvación que tú traes! Desde aquel día que estuviste aquí, el luto y la tristeza que aquí viste aumentaron hasta la más extrema miseria. Amfortas, desesperado por su herida, por el tormento de su alma, en su feroz obstinación invocó la muerte: las súplicas y los sufrimientos de sus caballeros no bastaron ya á persuadirle á que ejerciera su divino oficio. El Gral permanece desde largo tiempo encerrado en su caja; y así, su guardián contrito, no pudiendo morir mientras le contemple, espera violentar su fin y terminar su tormento con la vida. El manjar sagrado nos fué prohibido y hubimos de alimentarnos con la comida común; de este modo, la fuerza de nuestros héroes desfalleció: ya no nos llega ningún mensaje ni nos llaman á santos combates en lejanas tie-

rras; la caballería vaga pálida y miserable, sin valor y sin jefe. Yo me he ocultado solitariamente en este rincón del bosque, esperando con tranquilidad la muerte, á la que sucumbió ya mi antiguo jefe: pues Titurel, mi santo héroe, á quien no consoló ya la vista del Gral, murió... ¡como todos los demás hombres!

PARSIFAL (incorporándose con gran dolor).—Y yo soy la causa de tanta miseria! ¡Ah! ¡Cuántos pecados, cuántos crímenes pesarán desde la eternidad sobre esta cabeza de loco, siendo así que no han valido penitencias ni expiaciones para destruir mi ceguera y el último sendero de la salvación desaparece, hasta para mí, que, elegido para cumplir la misión salvadora, erré perdido!

(Va á caer desmayado. Gurnemancio le sostiene y le sienta sobre el collado cubierto de césped. Kundría acude con un jarro de agua para rociar á Parsifal).

GURNEMANCIO (apartando á Kundría).—¡No así! La misma fuente sagrada ha de bañar á nuestro peregrino. Tengo el presentimiento de que hoy ha de cumplir una gran obra y desempeñar un cargo sagrado: por lo mismo ha de estar limpio de mancha y hemos de lavar ahora el polvo de sus largas correrías.

(Ambos vuelven cuidadosamente á Parsifal hacia el borde de la fuente. Mientras Kundría le quita las sandalias y luego le baña los pies y Gurnemancio le quita la coraza, pregunta:)

PARSIFAL (con voz fatigada y tierna).—¿Me acompañarán hoy mismo á ver á Amfortas?

GURNEMANCIO.—Seguramente; el augusto castillo nos está esperando; los funerales de mi querido señor me llaman allí. Amfortas nos prometió des-

cubrirnos otra vez al Gral y ejercer de nuevo sus funciones que desde mucho tiempo no ha ejercido, por el bien de su augusto padre, que sucumbió á la culpa de su hijo, el cual quiere ahora expiarla de esta manera.

PARSIFAL (mirando á Kundría con admiración).—Tú me has lavado los pies: ahora rocíeme el amigo la cabeza.

GURNEMANCIO (sacando agua de la fuente con la mano y rociando la cabeza de Parsifal).—¡Bendito seas por tu pureza! ¡Así se desvanezca en ti el remordimiento de toda culpa!

(Entretanto Kundría saca del pecho una botellita dorada y vierte el contenido de la misma sobre los pies de Parsifal y luego los enjuga soltando rápidamente sus cabellos).

PARSIFAL (le toma la botella).—Ya que también me has ungido los pies, únjame la cabeza el compañero de Titurel, quien me saludará hoy mismo como su rey.

GURNEMANCIO (vacía por completo la botellita sobre la cabeza de Parsifal, la restriega suavemente y luego junta sus manos sobre la misma).—Sí; así nos había sido anunciado, bendigo tu cabeza y te saludo como rey. ¡Oh tú, mártir piadoso! Ya que sufriste los dolores de aquel á quien redimes, quita de su cabeza la última carga que le agobia.

PARSIFAL (saca inadvertido agua del manantial, se inclina hacia Kundría, que aún está arrodillada delante de él y le rocía la cabeza).—He aquí cómo empiezan mis funciones: ¡Yo te bautizo; cree en el Redentor!

(Kundry inclina profundamente la cabeza al suelo y parece llorar muy acongojada).

PARSIFAL (se vuelve y mira con tierno entusiasmo hacia el bosque y la pradera).—¡Qué hermosa me parece hoy toda la comarca! He encontrado flores prodigiosas que se elevan hasta mi cabeza; ¿pero cuándo he visto yo jamás tallos, retoños y flores tan hermosas y tiernas? ¿cuándo ha exhalado, todo lo que me rodea, perfumes tan suaves? ¿cuándo me habló la naturaleza un lenguaje tan íntimamente amoroso?

GURNEMANCIO.—¡Estos son los encantos del Viernes Santo, señor!

PARSIFAL.—¡Oh día de suprema congoja! ¿No debiera en este día entristecerse y llorar, todo lo que florece, todo lo que respira, todo lo que vive y todo lo que renace?

GURNEMANCIO.—¡Ya ves que no es así! Las lágrimas de arrepentimiento del pecador, se han convertido hoy en sagrado rocío que riega la pradera y la vega: él las ha hecho prosperar. Todas las criaturas se regocijan de haber encontrado el benéfico vestigio del Salvador y le consagran su plegaria. No pudiéndole ver á él mismo en la cruz, contemplan al hombre redimido; ese se encuentra libre de la angustia y de los horrores del pecado, puro y salvado, gracias al sacrificio amoroso de Dios: las mismas plantas y flores de las vegas participan de este beneficio, porque hoy el hombre no las aplasta con sus pisadas, mas las respeta piadosamente, deslizándose con suavidad sobre ellas; de igual modo que Dios, con su celeste paciencia, se apiadó de él y por él padeció. Así pues, todas las criaturas han de agradecer lo que aquí florece



y pronto se marchita, porque la naturaleza, purificada de sus pecados, recobra hoy su virginidad.

(Kundría ha vuelto á levantar lentamente la cabeza y mira, con los ojos bañados en lágrimas, hacia Parsifal, en ademán suplicante).

PARSIFAL.—Yo vi marchitarse á las que me sonreían: ¿quién sabe si hoy desean con fervor su redención? Tus lágrimas también se convierten en rocío de bendición: ¿lloras? ¡Mira! la pradera sonríe.

(La besa suavemente en la frente. Un lejano tañido de campanas va aumentando por grados).

GURNEMANCIO.—Es mediodía. La hora ha llegado: ¡Consiente, oh señor, que tu siervo te acompañe!

(Gurnemancio se presenta con la armadura y la capa de caballero del Gral; él y Kundría visten á Parsifal. La escena se transforma muy lentamente; pero sólo de derecha á izquierda como en el primer acto. Parsifal coge solemnemente la lanza y sigue con lento paso á Kundría y á Gurnemancio que los precede. En cuanto el bosque ha desaparecido por completo y se han abierto las puertas de la roca en la que los tres desaparecen, se divisan en las arqueadas galerías cortejos de caballeros en traje de luto y el tañido de las campanas va aumentando cada vez más. Por fin se presenta la gran sala como en el primer acto, pero sin las mesas puestas. Fúnebres antorchas alumbran la escena. Las puertas se vuelven á abrir. Por un lado entran los caballeros, llevando el cadáver de Titurel en una mortaja. Por el otro lado entra Am-

fortas en la litera precedido de la caja del Gral, cubierta. En el centro está erigido el catafalco, detras el trono con el baldaquino, bajo el cual se deposita á Amfortas.—Canto de los caballeros mientras van entrando).

PRIMER CORTEJO (con el Gral y Amfortas).—Mientras nosotros llevamos al Gral al divino oficio, encerrado en su cofre, ¿á quién lleváis y ocultáis vosotros dolorosamente en esa lúgubre mortaja?

SEGUNDO CORTEJO (con el féretro de Titurel).—Este lúgubre féretro encierra al héroe y oculta la fuerza divina; es aquel á quien Dios mismo custodiaba; llevamos á Titurel.

PRIMER CORTEJO.—¿Quién derribó á quien estaba protegido por Dios mismo?

SEGUNDO CORTEJO.—Le derribó el peso insoponible de los años, cuando ya no podía ver al Gral

PRIMER CORTEJO.—¿Quién le impidió contemplar la gracia del Gral?

SEGUNDO CORTEJO.—El pecador que vosotros lleváis allí.

PRIMER CORTEJO.—Le exhortamos hoy porque quiere ejercer por última vez las funciones de su sacerdocio.

SEGUNDO CORTEJO.—¡Oh dolor! ¡Guardián de la salvación! ¡Oficia por última vez!

(Depositán el féretro sobre el catafalco y Amfortas sobre su lecho).

AMFORTAS.—¡Sí, Gran dolor para mí! excluiré yo también con vosotros: preferiría que me die-

rais la muerte, la cual sería más dulce que la más suave expiación de mis pecados.

(Alzan la mortaja. A la vista del cadáver de Titurel, todos exhalan un grito vehemente de dolor).

AMFORTAS (incorporándose y dirigiéndose hacia el cadáver).—¡Oh, padre mío! ¡Bendito entre todos los héroes! ¡Guardián purísimo, al que una vez se inclinaron los mismos ángeles! Yo quería morir solo, ¿te he dado muerte á ti? ¡Oh tú, que contemplas ahora al Redentor rodeado de luz divina, suplícale que, si su bendición ha de consolar otra vez á los hermanos, su divina sangre, infundiéndoles nueva vida, me conceda por fin la muerte! ¡La muerte! ¡Única gracia que pido! ¡Ciérrese para siempre mi terrible herida, cese el veneno que me corroe, hiélase mi corazón! ¡Padre mío! A ti acudo para que le digas: ¡Salvador, concede la paz á mi hijo!

LOS CABALLEROS (acercándose confusamente á Amfortas).—¡Descubrid el cofre! ¡Oficia! Tu padre te lo manda: ¡has de hacerlo!

AMFORTAS (levantándose con impetuosa desesperación y precipitándose entre los caballeros que retroceden).—No. ¡Nunca más! ¡Ah! Ya me siento en poder de la muerte, y ¿quisierais que volviera otra vez á la vida? ¡Insensatos! ¿Quién quiere obligarme á vivir? ¡Si no podéis darme más que la muerte! (Se arranca los vestidos). ¡Aquí estoy, he aquí la herida abierta! ¡Ved cómo mana la sangre que emponzoña mi existencia! ¡Empuñad el arma! ¡Hundid aquí vuestras espadas, profundamente, hasta el puño! ¡Sois héroes! Matad al pecador y

su tormento: y entonces el Gral arrojará espontáneamente su luz sobre vosotros.

(Todos se alejan con espanto. Amfortas se queda solo en éxtasis horrible. Parsifal, acompañado de Gurnemancio y de Kundría, sale inadvertido entre los caballeros y ahora se adelanta y tiende la lanza, tocando con la punta de la misma el costado de Amfortas).

PARSIFAL.—Sólo un arma hay que sirva á este efecto: sólo la lanza que abrió la herida puede cerrarla.

(El semblante de Amfortas brilla iluminado por celestial entusiasmo; parece vacilar por la gran conmoción; Gurnemancio le sostiene).

PARSIFAL.—¡ Sé curado, redimido y salvado! Ahora oficio yo en tu lugar. Benditos sean tus sufrimientos que dieron al loco la fuerza suprema de la compasión y el poder de la más pura sabiduría. Os devuelvo la lanza sagrada. (Todos miran con entusiasmo la lanza levantada y Parsifal, mirando la punta de la misma, continúa arrebatado): ¡ Oh, milagro del bien supremo! Esa tu herida podrá cerrarse, pues ya veo brotar de la misma la sangre divina, igual á la que mana de la fuente del Gral. Este no ha de volverse á cerrar jamás: ¡ Descubrid al Gral! ¡ Abrid el cofre!

(Los escuderos abren el cofre: Parsifal saca el Gral y á su vista se arrodilla rezando silenciosamente. El Gral resplandece: luz vivísima se extiende sobre todos. Titurel, que revive en aquel instante, se alza de su fé-

retro y los bendice. De lo alto de la cúpula descende una paloma blanca que se para sobre la cabeza de Parsifal. Este agita lentamente al Gral á la vista de los atentos caballeros. Kundría, mirando á Parsifal, cae lentamente á sus pies y muere. Amfortas y Gurnemancio se arrodillan y tributan homenaje á Parsifal).

TODOS (con voces apenas perceptibles de la parte media y superior de la sala).—Milagro de la salvación suprema: ¡ Prodigio de la Redención!

FIN